

## CARTA DOMINICAL

2 DE DICIEMBRE DE 2018

ECO DE LA PALABRA

### Fantasmas de la inmovilidad

La paralización, el inmovilismo, es una de las enfermedades más graves que pueden sufrir los cristianos y la misma Iglesia. Ya nos lo recordaban los grandes maestros místicos: no avanzar en la vida espiritual es morir, porque eso significa dejar de amar y el amor es fuerza viva, que hace caminar, progresar y vivir.

Una aclaración. El inmovilismo al que nos referimos no es exactamente la ausencia de actividad. Hay muchas vidas personales y eclesiales que no paran de tener iniciativas y actuar, pero realmente no crecen en el Espíritu; realizan actividades externas, quizá muy aparentes, dignas de una buena gestión, pero el corazón no ha avanzado nada en el amor evangélico. Podemos decir que entonces quizá “el corazón se ha hinchado”, pero no está más vivo, sino que ha devenido esclerotizado.

Estamos rodeados de fantasmas que nos engañan, provocando esclerosis de la vida cristiana.

El primero de ellos es precisamente el *activismo*. Es un fantasma siempre presente, pero hoy no está tan activo, nos acechaba hace algunos años. “Hacer cosas” siempre nos ha dado la impresión de sinónimo de vida comprometida y de Iglesia viva. Hoy, con la experiencia de los resultados, sabemos que esto no es tan simple.

Otro fantasma del inmovilismo es el *cansancio*. Precisamente se da en aquellos que “tanto han trabajado” en el ámbito del compromiso personal y eclesial. Ya tuvieron su momento, hoy solo quisieran descansar, han perdido la ilusión y la fuerza de la novedad que hace años significaban sus iniciativas. Ya no acompaña aquel ambiente de optimismo e ilusión de hacer todo nuevo.

Otro fantasma es el *miedo*. Es un fantasma que afecta a toda la sociedad, pero particularmente a los cristianos como tales. Los creyentes tememos el riesgo de la fe, apostar

ante un futuro, que nos parece incierto, falto de seguridad en el éxito; tememos el fracaso, la pérdida de prestigio social, incluso las críticas...

Otro fantasma es el *aburguesamiento*. El estilo de vida burgués impide el crecimiento verdadero, pues el único movimiento que permite es aquél que logra una vida más cómoda y placentera. Es un fantasma criticado por muchos, pero que seduce a muchos de los que lo critican. ¿Quién no tiene derecho a mejorar su “calidad de vida”? Una vez logrado un nivel aceptable, que nadie ose cambiármelo.

Otro fantasma es el sentimiento de *impotencia*. Es el fantasma que acecha a los derrotados y acomplejados. Son víctimas de fuerzas externas que aparecen como prepotentes. Entre los cristianos hoy es muy frecuente: decimos “somos minoría”, “hemos perdido poder”, “no hay quien luche contra el poder de los que mandan en la sociedad, los medios de comunicación, los influyentes culturales, los políticos, el mercado...”

Otro fantasma, el más grave, es la *falsa confianza en Dios*: es aquél que dice “mantengámonos como estamos, ya vendrá Dios y lo solucionará todo”. Fue la enfermedad de algunos cristianos de Tesalónica. San Pablo veía allí una comunidad acomplejada, débil, paralizada por el miedo y apatía. Necesitaban escuchar mensajes estimulantes. Además de la acción de gracias por los bienes recibidos, les dirá: “Que el Señor os llene de un amor mutuo... os haga fuertes e irreprochables para el día en que Cristo se manifestará... Os exhortamos a que sigáis progresando más y más, viviendo en paz, ocupándoos en vuestros asuntos y trabajando...” (cf. 1Tes 3,14; 4,10ss.; 2Tes 3,11)

Más que movernos, hemos de crecer en profundidad. Así es la vida del Espíritu.

† **Agustí Cortés Soriano**  
Obispo de Sant Felíu de Llobregat